



ómo se construye una patria? A lo largo del siglo XIX, esa fue la tarea principal de quienes habitaban el territorio que ahora contiene nuestra nación, México.

En este número de **Km. cero**, reproducimos nueve crónicas y narraciones históricas acerca de momentos culminantes de ese proceso colectivo, ocurridos en el área que actualmente llamamos Centro Histórico, y que en ese siglo constituía prácticamente la Ciudad de México.

Se trata de brindar a los lectores materiales amenos, bien escritos e ilustrativos acerca del papel de políticos, intelectuales y militares —en ese siglo era frecuente que tales oficios confluyeran en una sola persona— en esa causa colectiva, pero también de gente común. Todos ellos dieron ejemplo de sensibilidad, valentía, visión, civilidad y fortaleza.

Estas crónicas narran hechos significativos que van desde las conspiraciones en favor de la causa independentista hasta las fiestas con las que Porfirio Díaz celebró el primer centenario del inicio de la lucha armada.

Los episodios relatados, las descripciones, el lenguaje, los detalles observados por los narradores, demuestran que la Independencia no solo fue una gesta política y una lucha armada, sino una lenta, larga y problemática transformación social que cruzó el siglo.

El proyecto de nación que logró imponerse, el liberal, requirió el desmontaje de instituciones y prácticas políticas virreinales —sobre todo, el dominio de la Iglesia católica—, y la creación de un Estado laico.

También supuso la construcción de una identidad nacional y de ritos que la pusieran de manifiesto.

La conmemoración de la Independencia, por ejemplo, moldeada en ese periodo, creada durante la guerra con un carácter un tanto militar, a inicios del siglo XX ya era una festividad arraigada en toda la población, a pesar de las enormes diferencias sociales que existían (y que persisten).

La evolución del rito se muestra en estas piezas literarias, escritas por algunas de las mejores plumas de entonces —Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano o Luis González Obregón—; de dos textos desconocemos la autoría, por tratarse de crónicas publicadas sin firma.

La selección es también un homenaje a esos cronistas y a la crónica, género que alcanzó momentos de esplendor en el fecundo siglo XIX.

Los materiales se presentan editados —por falta de espacio—, en un orden más o menos cronológico y con una introducción que da el contexto de los hechos narrados.

La revisión no es exhaustiva, es solo un intento por recordar sucesos clave en la concepción emocional y política de nuestra patria.



IMAGEN: TOMADA DE GRAN HISTORIA DE MÉXICO ILUSTRADA, VOL. III. PLANETA DE AGOSTINI - CONACULTA, INAH, MÉXICO, 2002.

CRÓNICAS PATRIAS

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

EDITORIAL

HACER PATRIA

Septiembre es un mes especial para México; para el Centro Histórico de la capital, es particularmente intenso.

Alrededor de la celebración cívica, hay una fuerte actividad comercial que abarca de la parafernalia decorativa y los trajes regionales, a las banderas tricolor en todo tipo de objetos, a los menús especiales. Es un mes esencialmente alegre, festivo. Y también es un mes que brinda una oportunidad para reflexionar.

México, como otros países de la región, forjó su independencia e identidad nacional en el curso del siglo XIX. Después de los patriotas que hicieron la guerra a España, los liberales comprendieron que la Independencia no estaría terminada sino hasta que hubiesen sido demolidas las estructuras de poder virreinales. En ese camino, se enfrentaron dos invasiones extranjeras y la pérdida de casi la mitad del territorio. Así, y en medio de sus propias divisiones, el proyecto liberal logró no perder de vista su objetivo de constituir un Estado laico y moderno. La Independencia, bajo ese punto de vista, se llevó pues, casi todo el siglo XIX. La forma en que se concibió y celebró la ceremonia del llamado Grito de Independencia durante ese proceso, es ilustrativa del proceso mismo.

En esta entrega especial de **Km. cero** quisimos explorar cómo se manifestó ese trance en la Ciudad de México. El área que hoy llamamos Centro Histórico, fue escenario de batallas ideológicas, políticas, e incluso de resistencia civil. De la mano de destacados cronistas, veremos cómo numerosos mexicanos —algunos, célebres y otros, gente común— hicieron lo que el momento histórico demandaba de ellos. Se trataba de, literalmente, “hacer patria”. Se tuvo que crear un Estado soberano e independiente que velara por todos los habitantes; levantar un cuerpo jurídico y unas instituciones acordes con ese propósito, y defender el territorio de las amenazas e incursiones extranjeras. Mal que bien, se hizo.

Después de la lectura, se impone una pregunta: ¿qué significaría hoy, hacer patria? La frase suena decimonónica, y se le puede sustituir por otra, pero es claro que se trata de una tarea necesaria y que hay que buscar respuestas, tanto individuales como, sobre todo, colectivas. ✨

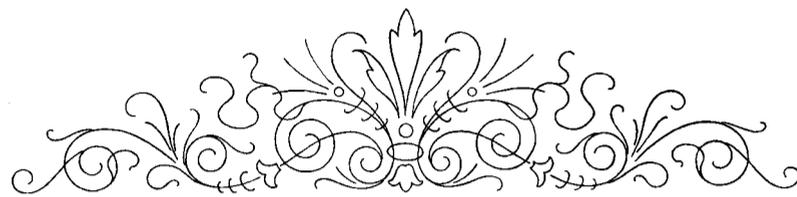
FORMA PARTE DE NUESTRA COMUNIDAD

TW: @KM CEROTWITEA
FB: KM.CERONOTIASDELCENTROHISTORICO



fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CDMX
CIUDAD DE MÉXICO



CARRO ALEGÓRICO DE LA CERVECERA DE TOLUCA. DESFILE DE LA INDEPENDENCIA, 1910.

FOTOGRAFÍA: L.V. GARCÍA / CORTESÍA MUSEO DEL ESTANQUILLO

No dejes de escribirnos a:

kmcerocorreo@gmail.com

KM.CERO SE REPARTE EN BICICLETA



WWW.CICLOSMENSAJEROS.COM • TELÉFONO: 5516 3984

Km. cero PUBLICACIÓN MENSUAL EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO.

SANDRA ORTEGA DIRECTORA / PATRICIA RUVALCABA Y SANDRA ORTEGA EDITORAS RESPONSABLES / ROBERTO MARMOLEJO Y PATRICIA RUVALCABA REPORTEROS

LILIANA CONTRERAS COORDINACIÓN DE FOTÓGRAFOS / IGLOO DISEÑO Y FORMACIÓN / EIKON FOTOGRAFÍA

NURIA FERNÁNDEZ MEZA CORRECCIÓN DE ESTILO Y APOYO A LA INVESTIGACIÓN / OMAR AGUILAR Y RAFAEL FACIO APOYO A LA EDICIÓN

IMPRESIÓN: COMISA, GRAL. VICTORIANO ZEPEDA 22, COL. OBSERVATORIO, C.P. 11840, WWW.CENTROHISTORICO.DF.GOB

REDACCIÓN: REPÚBLICA DE BRASIL 74, 2º PISO, PLAZA DE STA. CATARINA, COLONIA CENTRO. MÉXICO, D.F. TELÉFONO 5709-8005, 6974, 8115 o 9664. kmcerocorreo@gmail.com

NÚMERO DE CERTIFICADO DE RESERVA OTORGADO POR EL INSTITUTO NACIONAL DE LOS DERECHOS DE AUTOR: 04-2008-063013110300-101

CERTIFICADO DE LICITUD DE CONTENIDO: No. 11716, CERTIFICADO DE LICITUD DE TÍTULO: No. 14143.



CDMX



Informes:

01 800 009 1111

Pre-registro:

<http://goo.gl/RcDyru>

#ForoMovilidadHumana #CDMX

Tienen el agrado de invitarle al foro, que se realizará el 29 y 30 de septiembre del 2014.

Palacio de la Escuela de Medicina, República de Brasil No. 33, Col. Centro.

360
SPRAY PAINT

360 STORE MÉXICO D.F.
Bolívar 105 primer piso col. Centro,
México D.F. Tel: 5790-0984
Distribuidores: Mayoreo y menudeo



APOYANDO EL ARTE
URBANO EN EL CENTRO
HISTÓRICO DE MÉXICO






HEROÍNAS DE LA INDEPENDENCIA

POR LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

Durante la gesta de la guerra de Independencia, en algunas casonas de la Ciudad de México se reunían recursos y se planeaban actos subversivos.

Mariana Rodríguez del Toro y su esposo, don Miguel Lazarín y Lazo de la Vega, celebraban este tipo de reuniones, disfrazadas de tertulias.

En 1808, apoyaron a Francisco Primo de Verdad en la iniciativa de crear un gobierno provisional en Nueva España.

Después, ayudaron a los conspiradores de San Miguel y de Querétaro. En tardes de costura, Mariana creó una red de mujeres informantes que llegaba hasta el Arzobispado y la Inquisición.

Esta crónica de Luis González Obregón (1865-1938) narra cómo el grupo se enteró de la captura de Hidalgo en 1811, cómo Mariana encabezó una conspiración para prender al Virrey, y el posterior encarcelamiento de la pareja.



Durante la guerra de insurrección, las mujeres mexicanas recorrieron nuestras ciudades y campos de batalla, como diosas protectoras, ya anunciando el génesis de nuestra independencia, ya avivando con su amor un amor más grande y santo; ora sorprendiendo con hazañas que rayaron en lo fabuloso, ora en fin, derramando su propia sangre, no contentas con haber ofrecido la de sus hijos. (...)

III

No tan conocida como la CORREGIDORA y LEONA VICARIO, pero tan amante de su país como las primeras, fué la esposa de D. Manuel Lazarín, D^a MARIANA RODRÍGUEZ DEL TORO.

Era la noche del lunes santo de 1811. En la casa de Lazarín, reunidos en amena tertulia se hallaban muchas personas, entre las cuales no pocas se distinguían por afecto a la Independencia.

De repente, después de las ocho y media de la noche, un repique a vuelo de las campanas de la Catedral y una salva de artillería, pusieron en alarma a los tertulianos de Lazarín.

¿Qué indicaba aquel brusco toque de campanas y aquellos desusados disparos de cañón, a tal hora y en tiempo santo? El Gobierno virreinal, regocijado con la prisión de Hidalgo y de sus ilustres compañeros, anunciaba tan fausto acontecimiento para los realistas y tan lamentable para los insurgentes.

En la casa de Lazarín la noticia cayó como un rayo. El pánico enfrió las venas de los tímidos; pero entonces, una mujer tan varonil como su patriotismo se levantó en medio de todos, diciéndoles:

—¿Qué es esto señores? ¿Qué ¿ya no hay hombres en América?

Los cobardes, confusos aunque reanimados, preguntaron:

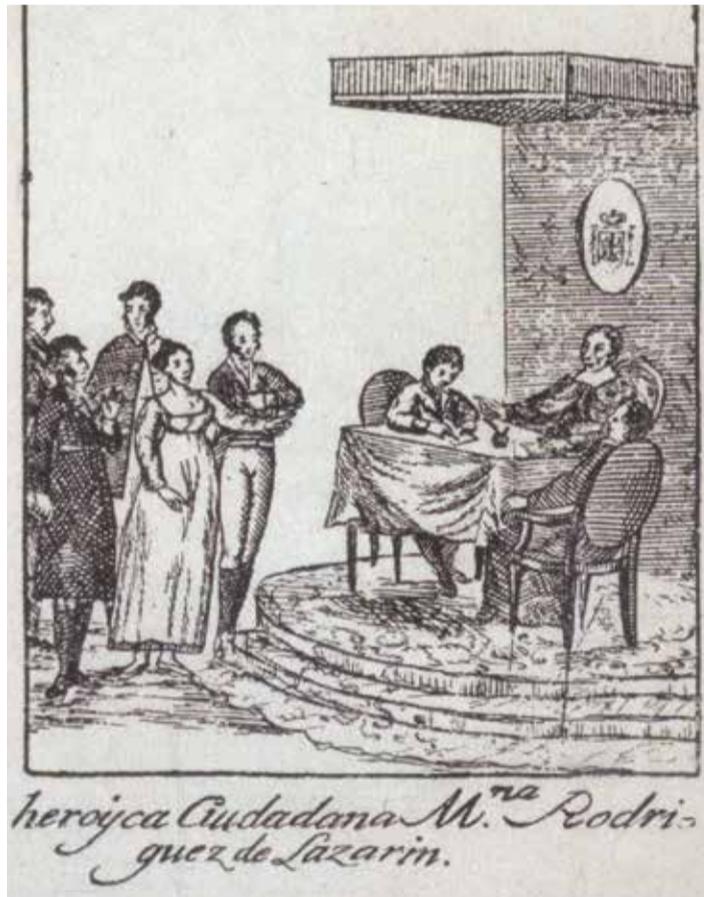


IMAGEN TOMADA DE: PROCESO BICENTENARIO FASCÍCULO 4. SEPTIEMBRE DE 2009.

—¿Pues qué hacer?
—¡Libertar a los prisioneros!
—¿Pero cómo?
—De la manera más sencilla : apoderarse del Virrey en el paseo, y ahorcarlo!

Esa noche nació la conjuración conocida en nuestra historia por *conspiración del año de II*, que fracasó, es cierto, pero que despertó el espíritu público, y pudo ser de funestas consecuencias para el Gobierno español porque en ella estaban comprometidas muchas personas notables de la época, como escritores, abogados, miembros del clero y aun de la nobleza.

D^a MARIANA RODRÍGUEZ sufrió en cambio las más crueles persecuciones y prisionera en unión de su esposo, no se vió libre sino hasta el año de 1820. (...)



IMAGEN TOMADA DE: GRAN HISTORIA DE MÉXICO ILUSTRADA, VOL. III.




EL ÚLTIMO DÍA DE LA INQUISICIÓN

POR LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

Esta crónica narra la clausura definitiva del Tribunal de la Santa Inquisición (hoy Palacio de Medicina, en la Plaza de Santo Domingo). Establecido formalmente en Nueva España en 1571 para vigilar la observancia de la fe católica, funcionó como tribunal del Estado y de la Iglesia, pues ambos estaban ligados íntimamente. Además de perseguir y sancionar su-

puestas herejías, así como censurar los libros llegados del extranjero, el Tribunal enjuició a disidentes políticos. En 1820, al restablecerse en España la Constitución de Cádiz, se decretó el cierre del Tribunal en todo el imperio. El autor entrevistó a uno de los miembros del piquete que ejecutó la clausura; el texto combina ese testimonio con otros hallados en la prensa.



El día 10 de Junio de 1820^a, á las diez de la mañana, salió del Cuartel "Cuatro Ordenes Militares", hoy del "Cuerpo de Ingenieros", un piquete de tropa compuesto de setenta hombres y dos cañones pedreros, al mando del Capitán Pedro Llop y del Subteniente José María Camiñes.

"El piquete atravesó la Plaza de la Constitución, siguió después por las calles del Empedradillo y Santo Domingo, é hizo alto en la esquina de la ex-Aduana y la calle de la Perpetua.

"A una voz de mando de los jefes, los soldados presentaron las armas, y el Notario D. José Ignacio Negreiros y Soria dió lectura al bando que mandaba clausurar la Inquisición. Terminada esta lectura, el mismo Notario fijó el bando en la esquina del edificio que hasta entonces había ocupado el Santo Tribunal.

"Acto continuo, el Capitán Llop destacó parte de la tropa que había formada en la plazuela de Santo Domingo, y acercándose á la puerta del Santo Oficio llamó tres veces dando golpes con el puño de su espada.

"Sin embargo, aquella importante escena de la historia del virreinato, apenas había despertado la curiosidad de algunos vecinos, que reunidos á los soldados, contemplaban sorprendidos el vetusto edificio de la Inquisición, entonces de dos pisos y con los muros de *tezontle* sin pintar.

"El silencio era completo é imponente. Las armas brillaban con la luz del sol; las bocas de los cañones parecían prontas á arrojar sus temidos proyectiles. Los curiosos esperaban que las puertas se abrieran, pero en vano.

"De repente, el Capitán Pedro Llop, que por cierto era portugués, lleno de cólera é impaciencia gritó con voz fuerte:

—"¡No abren! ¡Bala con ellos!

"Como si sus palabras fueran un conjuro, las pesadas hojas de las puertas del Santo Oficio giraron sobre sus enmohecidos goznes, y dieron franca entrada a los jefes, soldados y notario. Juntos entraron también, por ser amigos de éste, un anciano y su hijo, Manuel Tell, joven entonces de diez y siete años, y testigo presencial de aquella escena.

"Una vez todos en el patio, de nuevo gritó el Capitán:

—"Vengan acá ustedes, ¡canallas! ¡Les voy á hacer cenizas el alma!

"Al instante se juntaron el carcelero, el conserje y hasta el cocinero del Santo Oficio.

—"Señor, estamos á sus órdenes, dijo uno más muerto que vivo.

—"Vamos á ver los socuchos, replicó el Capitán; *á ver quién abre*. ¡Ahora les voy á hacer cenizas el alma, ¡canallas!

"Al oír los gritos y bravatas del Capitán, en medio del ruido producido por el trajín de la servidumbre, los inquisidores, que estaban celebrando *tribunal pleno*, se escaparon por la azotea del edificio, subiendo por un caracol que había en la esquina llamada *chata* y saliendo por la casa número I de la calle de la Perpe-

tua, habitada á la sazón por el Canónigo Dr. D. Ciro Ponciano Villa Urrutia. ¡Ah! entonces un Canónigo era un personaje. Solamente el inquisidor Secretario D. Casiano de Chávarri y Ugalde no pudo escapar. Padeecía reuma. Estaba anonadado en uno de los corredores. No sabía qué hacer. Vestía sotana negra, gola blanca, y tenía puesto el bonete. El Capitán, encarándose con él, le dijo:

—"¿Qué hace ahí? ¡Le voy á hacer cenizas el alma!

"Y dirigiéndose al sargento, agregó:

—"Si este hombre se mueve, ¡balazo!

"Luego fuimos todos á los socuchos. El Notario Negreiros y Soria tomaba informes de personas, y hacía listas de muebles, para levantar el acta correspondiente. Cuando llegamos al *Patio de los Naranjos*, situado donde están ahora los baños de la Perpetua y que se halla convertido en casa de vecindad, el Capitán ordenó al carcelero que procediera á abrir los calabozos.

—"A ver, abra usted ese socucho!

"Aquellas puertas, que sólo servían para introducir la comida á los presos, dejaron descubierto un calabozo inmundo. Medía cinco varas cuadradas de superficie. La luz penetraba apenas por una claraboya situada en la parte superior del socucho. No había allí muebles. Vimos salir de aquel antro á un hombre de estatura gigantesca, ¡enorme! Era el judío Rafael Crisanto Gil Rodríguez, alias el Guatemalteco², legítimo descendiente de los judíos que habían sido expulsados de Portugal en el siglo XVIII.

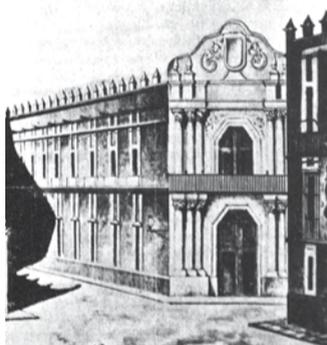
"Llevaba en la copa del sombrero un tratado de lógica que era la viva herejía. Considérese la enormidad de su pecado, cuando para él no había otro crimen que el de juzgar de la religión por el razonamiento!

"En seguida se abrió otro socucho y salió el P. Soria, hecho un esqueleto, con una lengua barba que le cubría el pecho. Su delito era haber hablado en favor de la Independencia³. También tenía barruntos de hereje porque definía la lógica:

La lógica es facultad
que de la humana razón
dirige toda la acción,
para encontrar la verdad.

"En las paredes del calabozo del P. Soria se leían estos otros versos, escritos con yesca quemada:

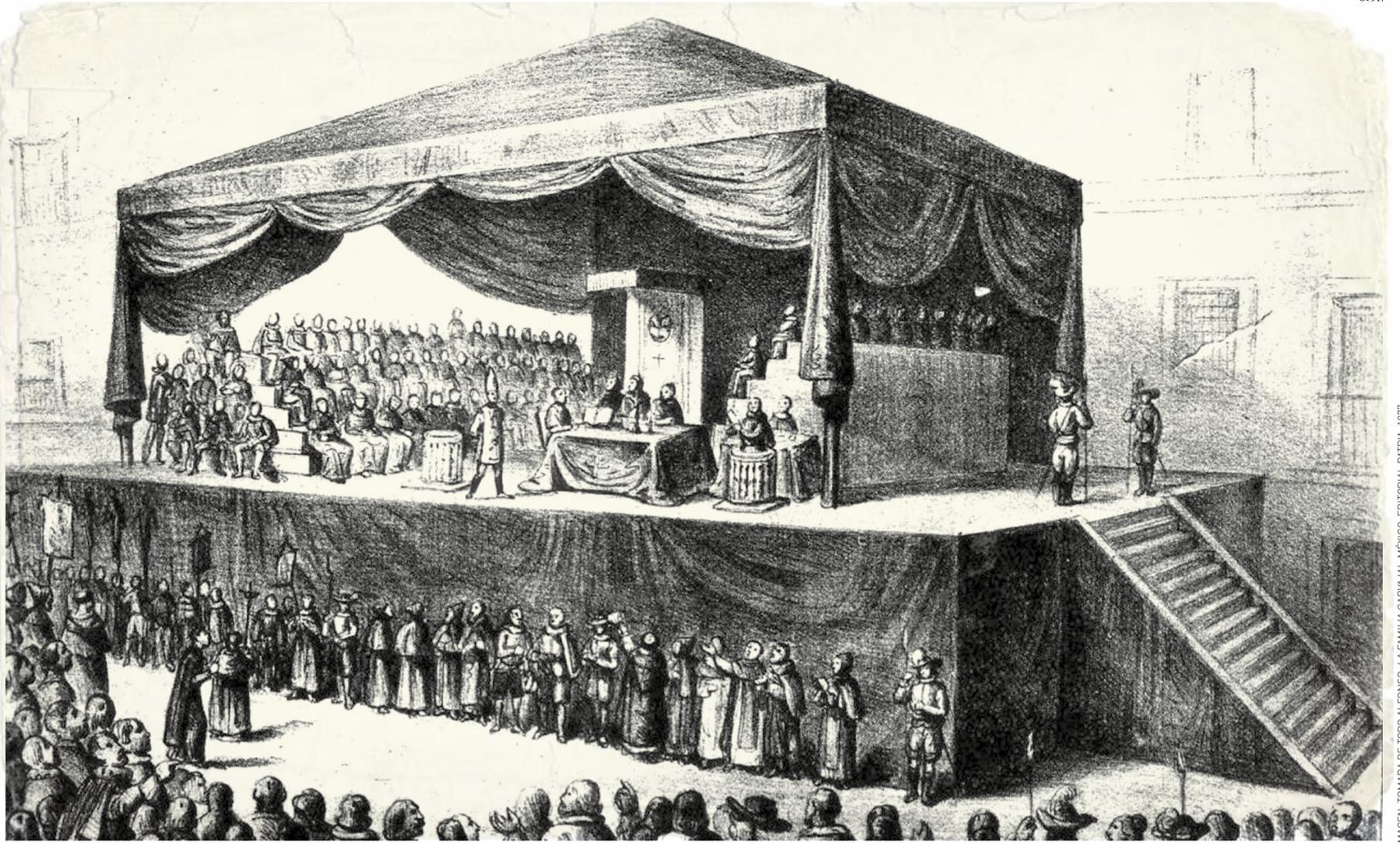
Cruelles las cárceles son,
pero ésta entre todas priva,



¹ Esta fecha es tanto más exacta cuanto que en la víspera se había publicado solemnemente la Constitución de 1812, último requisito que esperó llenar sin duda el virrey para extinguir el Tribunal de la Inquisición.

² Se le daba este apodo por haber nacido en la Antigua Guatemala. Era clérigo de "prima tonsura y dos grados de ostiariato y lectorado, hereje formal, apóstata, judaizante circuncidado, fautor y encubridor de herejes". Cuando salió en el auto de fe de 9 de agosto de 1795, "tenía sesenta y seis años de edad, y llevaba ocho de cárcel". Debía haber sido quemado esa mañana, pero pidió misericordia y se le conmutó esta sentencia por dos años de cárcel y ser enviado en seguida a España bajo partida de registro. Ignoro qué nuevo incidente surgiría después, supuesto que en 1820 aún estaba preso en las cárceles del Santo Oficio de México. (Véase *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI* por D. Joaquín García Icazbalceta, pág. 388).

³ En la causa que se le formó y que existe manuscrita en la Biblioteca Nacional aparece acusado de flagelante, y complicados en ella muchos distinguidos frailes michoacanos.



AUTO DE FE EN LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO EN 1649, SEGÚN UNA PINTURA ANTIGUA REPRODUCIDA EN LITOGRAFÍA.

por ser una imagen viva
de las grutas de Plutón.

"Y estos otros dirigidos á un pajarillo que á veces entraba por la claraboya del socucho, y que diariamente iba á cantar desde el naranjo más cercano:

Canta, pajarillo, canta,
que yo te daré una sogá
para el pie...
y otra para la garganta.

"Escuchamos quejas lastimosas en otro socucho, y al abrirlo, un cuadro horrible se presentó á nuestra vista. Estaba allí un anciano, desnudo, puros huesos. Tenía los pies y las manos entre argollas fijas en una cruz de madera. ¡Contaba treinta años de prisión! El Capitán dejó como Adán al conserje para cubrir el esqueleto de aquel mártir⁴.

"Los presos fueron treinta y nueve, y preguntaban con el alma fuera del cuerpo, creyendo que los iban á quemar:

—"¿Qué es lo que va á suceder con nosotros?"

"El Capitán les contestaba:

—"Nada. Están en libertad. S. M. (que Dios guarde) ha jurado la Constitución del año de 12. En virtud de esto se acabó este maldito Tribunal.

"Al pronunciar las palabras alusivas al Rey, todos se descubrían las cabezas, inclinándose el Capitán hasta tocar casi el suelo con el morrión.

"Visitamos gran parte del edificio. En lo que es hoy casa Arzobispal, calle de la Perpetua, quedaba el departamento de los presos políticos.

"Arriba del zaguán, de lo que es ahora Escuela Nacional de Medicina, estaba la sala de Audiencia de la Inquisición. Se hallaba amueblada de este modo; sillones con asiento de baqueta arrimados á las cuatro paredes en el centro una gran mesa, cubierta con un tapete de terciopelo morado, sobre el que dejaba caer todo su peso un tintero grande, de plata maciza: en el fondo un magnífico dosel, también color morado, luciendo en el coronamiento el escudo del Santo Oficio, "entre una palma y una parra, dos brazos en cruz, empuñando una mano un Cristo y la otra una espada"⁵.

"Los presos fueron conducidos ante el Virrey, Don Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, quien les dió algún dinero.

"ESCUCHAMOS QUEJAS LASTIMOSAS EN OTRO SOCUCHO, Y AL ABRIRLO, (...) ESTABA ALLÍ UN ANCIANO, DESNUDO, PUROS HUESOS".

"Hubo algunos que después de estar tanto tiempo presos en las cárceles de la Inquisición, habían quedado solos en el mundo.

"Aquello era para partir el alma más empedernida.

"Otros presos, al salir de Palacio, á donde fueron para que los viera el Virrey, se quedaron en las cuatro esquinas. No sabían á dónde ir.

"La noticia de la clausura del Tribunal se había comunicado de boca en boca por todo México. Los partidarios de la Constitución del año 12 se alegraban; mas los *serviles*, los que suspiraban por el régimen antiguo, movían la cabeza disgustados.

"Los viejos y viejas que salían de misa de la Catedral, al informarse de los sucesos ocurridos, descorazonados y persignándose, exclamaban:

—"!Dios nos va á castigar!"

Palabras más, palabras menos, tal es el sencillo relato que hacía a sus amigos D. Manuel Tell.

Cuando refería aquellos singulares sucesos, contaba ya más de noventa años. Su memoria, como dijimos, era envidiable. Sin embargo, es posible que algunos pormenores haya omitido, por el transcurso de tantos años. Empero, su narración es interesante y exactísima en la mayor parte de las noticias que contiene.

Nosotros la hemos querido escapar de la vida efímera del periódico en que se publicó, corrigiéndola, aumentándola y anotándola, en vista de la narración verbal que nos hizo aquel respetable anciano, de cuyos labios oímos otras amenas conversaciones relativas a los pasados tiempos en que él vivió.

¡Tiempos extraños! Mezcla de candor y mala fe; de santos varones y criminales aventureros; de virreyes que merecieron ser llamados *padres de la Patria*, y de gobernantes venales y tiranos!

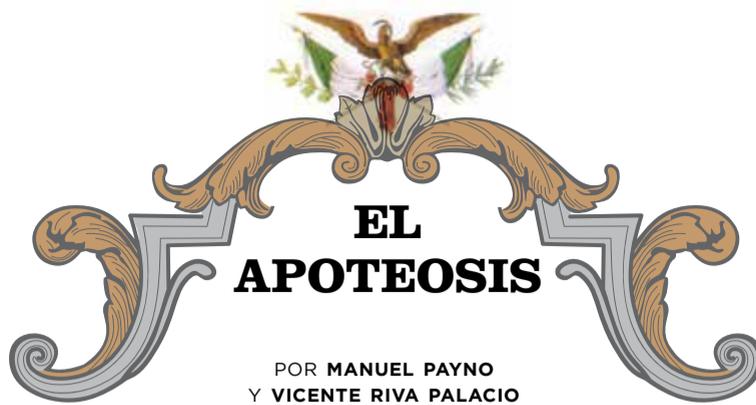
¡Tiempos gloriosos también por la lucha sorda, pero grandiosa, sostenida para realizar nuestra emancipación!

Aquel noble anciano los alcanzó. Y sus conversaciones acerca de ellos tenían el sabor poético y pintoresco de *todo lo que fué*, pero en ningún episodio se detenía más, lo repetimos, que en éste del modo con que fué clausurada en México la Santa Inquisición. ✨

Tomado de: Luis González Obregón, *México viejo*.

⁴ Aunque el tormento fué prohibido desde el siglo pasado como medio para averiguar los delitos, sin embargo existían penas que eran un verdadero suplicio.

⁵ Relativamente a la descripción interior del edificio, véase en el presente volumen el capítulo intitulado La Inquisición.



EL APOTEOSIS

POR MANUEL PAYNO
Y VICENTE RIVA PALACIO

Para 1819, el movimiento independentista estaba reducido a unos cuantos grupos guerrilleros, con Vicente Guerrero como su líder más destacado.

Agustín de Iturbide —representante de los criollos ricos que deseaban la independencia— acordó con Guerrero los puntos que sellarían la guerra. Quedaron plasmados en el Plan de Iguala o de las Tres Garantías: religión única, indepen-

dencia, unión de todos los grupos sociales y, como forma de gobierno, una monarquía constitucional a modo.

Esta crónica, publicada en *El libro rojo* (1870), narra la entrada del Ejército Trigarante a la Ciudad de México, el 27 de septiembre de 1821. Los autores, Manuel Payno (1810-1894) y Vicente Riva Palacio (1832-1896), fueron militares, liberales y escritores prolíficos.

L

legó por fin el día de la libertad de México. Once años de lucha, un mar de sangre, un océano de lágrimas. Esto era lo que había tenido que atravesar el pueblo para llegar desde el 16 de septiembre de 1810 hasta el 27 de septiembre de 1821. (...)

Pero el día llegó; puro y trasparente el cielo, radiante y esplendoroso el sol, dulce y perfumado el ambiente.

Aquél era el día que alumbraba después de una noche de trescientos años. (...)

Por eso el pueblo se embriagaba con su alegría, por eso la ciudad de México estaba conmovida.

¿Quién no comprende lo que siente un pueblo en el supremo día en que recobra su independencia? Pero, ¿quién sería capaz de pintar ese goce purísimo, cuando se olvidan todas las penas del pasado y no se mira sino luz en el porvenir; cuando todos se sienten hermanos; cuando hasta la naturaleza misma parece tomar parte en la gran fiesta?

México se engalanó como la joven que espera a su amado.

Vistasas y magníficas colgaduras y cortinajes ondeaban al impulso del fresco viento de la mañana, en los balcones, en las ventanas, en las puertas, en las cornisas, en las torres. Cada uno había procurado ostentar en aquel día lo más rico, lo más bello que tenía en su casa.

Sus calles parecían inmensos salones de baile; flores, espejos, cuadros, vajillas, oro, plata, seda, cristal, todo estaba en la calle, todo lucía, todo brillaba, todo venía a dar testimonio del placer y la ventura de los habitantes de México.

Y por todas partes, cintas, moños, lazos, cortinas con los colores de la bandera nacional, de esa bandera que, enarbolada por Guerrero y por Iturbide en el rincón de una montaña, debía en pocos meses pasearse triunfante por toda la nación, y flamear con orgullo sobre el palacio de los virreyes de Nueva España.

Aquellos tres colores simbolizaban: un pasado de gloria, el rojo; el presente de felicidad, el blanco, y un porvenir lleno de esperanzas, el verde; y en medio de ellos el águila triunfante hendiendo el aire.

Y entre aquella inmensa multitud que llenaba las calles y las plazas, que se apiñaba en los balcones y ventanas, que coronaba las azoteas, que escalaba las torres y las cúpulas de las iglesias, ansiosa de contemplar la entrada del ejército libertador, no había quizá una sola persona que no llevase con orgullo la escarapela tricolor.

2

El sol avanzaba lentamente; y llena de impaciencia esperaba la muchedumbre el momento de la entrada del ejército *trigarante*.

Por fin, un grito de alegría se escu-

chó en la garita de Belén, y aquel grito, repetido por más de cien mil voces, anunció hasta los barrios más lejanos que las huestes de la independencia pisaban ya la ciudad conquistada por Hernán Cortés el 13 de agosto de 1521.

1521-1821. ¡Trescientos años de dominación y de esclavitud!

A la cabeza del ejército libertador marchaba un hombre (...).

Aquel hombre era el libertador don Agustín de Iturbide.

Iturbide tenía una arrogante figura, elevada talla, frente despejada, serena y espaciosa, ojos azules de mirar penetrante, regía con diestra mano un soberbio caballo prieto que se encabritaba con orgullo bajo el peso de su noble jinete, y que llevaba ricos jaeces y montura guarnecidos de oro y de diamantes.

El traje de Iturbide era por demás modesto: botas de montar, calzón de paño blanco, chaleco cerrado, del mismo paño, una casaca redonda de color de ave llana, y un sombrero montado, con tres bellas plumas con los colores de la bandera nacional.

Al descubrir al libertador, (...) los gritos de aquel pueblo atronaban el aire, y se mezclaban en gigantesco concierto con los ecos de las músicas, con los repiques de las campanas de los templos, con el estallido de los cohetes y con el ronco bramido de los cañones.

Iturbide atravesaba por el centro de la ciudad para llegar hasta el palacio; su caballo pisaba sobre una espesa alfombra de rosas, y una verdadera lluvia de coronas, de ramos y de flores caía sobre su cabeza y sobre las de sus soldados.

Las señoras desde los balcones regaban el camino de aquel ejército, con perfumes, y arrojaban hasta sus pañuelos y sus joyas; los padres y las madres levantaban en sus brazos a los niños y les mostraban al libertador, y lágrimas de placer y de entusiasmo corrían por todas las mejillas.

Las más elegantes damas, las jóvenes más bellas y más circunspectas se arrojaban a coronar a los soldados rasos y a abrazarlos, los hombres, aunque no se hubieran visto jamás, aunque fueran enemigos, se encontraban en la calle y se abrazaban y lloraban.

Aquella era una locura, pero una locura sublime, conmovedora; aquél era un vértigo, pero era el santo vértigo del patriotismo.

Por eso será eterno entre los mexicanos el recuerdo del 27 de septiembre de 1821, y no habrá uno solo de los que tuvieron la dicha de presenciar esa memorable escena, que no sienta que se anuda su garganta y que sus ojos se llenan de lágrimas al escuchar esta pálida descripción (...).

Aquél fue el apoteosis del libertador Iturbide. ✨



ENTRADA DEL EJÉRCITO TRIGARANTE POR LA CALLE DE PLATEROS (HOY MADERO).

Tomado de: Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, México, Conaculta, 1989.



LA INVASIÓN YANKEE

POR GUILLERMO PRIETO

Los ánimos expansionistas de Estados Unidos fueron el motivo principal del conflicto con México entre 1846 y 1848. Este significó la anexión de Texas y la ocupación de partes del territorio nacional, primero en el norte y después en el oriente —desde el puerto de Veracruz, hasta la Ciudad de México—.

Cuando las tropas del general Winfield Scott entraron a la capital tras derrotar a las mexicanas en Churubusco, en Molino

del Rey y en Chapultepec, enfrentaron una resistencia desesperada por parte de los habitantes. Santa Anna había ordenado la retirada del ejército y la salida de los poderes hacia Querétaro, dejando a la población a su suerte.

“El pueblo había estado como fiera y como llama, como mar y como aire fuerte”, escribió Prieto (1818-1897) sobre esos días —14, 15 y 16 de septiembre—.



os yankees se fueron metiendo galán galán, por toda la derecha de San Francisco y Plateros y por allá por la Mariscalá.

Venían con sus pasotes muy largos y como que les cuadraba nuestra tierra, muy grandotes, reventando de colorados y con sus mechas güeras, con sus caras como hechas todas de un solo molde.

Muchos comiendo pan, calabazas crudas, jitomates; son de lo más toscos y de lo más sucio que pudo verse; van así desguinguilados y bausonotes con tanta plata.

Pues señor, que van llegando a la plaza.

En la plaza, aunque desparramada, había ya mucha plebe, hormigueaba dentro de los portales, se tendía por el cementerio de Catedral, se hacía remolino por las esquinas.

Formaron los yankees como por el centro de la plaza, tres lados de un cuadro con las espaldas al portal de las Flores y Diputación, portal de Mercaderes y frente a la Catedral.

En el interior de ese cerco se veían seis banderas suyas grandes, y dos estandartes como los de caballería.

Luego que estuvieron así plantados, se destacó una partida como de unos veinte hombres y se fue metiendo a Palacio; se nos figuró que iban como a degollar a alguno de nuestra familia.

En éstas, ya el gentío hervía por todas partes, las azoteas estaban cuajadas de cabezas, lo propio que las torres; la multitud se hacía olas que como que se columpiaban y hacían hincapié contra el cerco.

De los veinte soldados, unos aparecieron en el balcón principal de Palacio y salieron como a sacarnos la lengua y a decirnos: éste por mí; se oyó como un gruñido en toda la plaza.

Otros soldados subieron con su bandera y de un lado del cuadro de piedra del reloj la revolaban, como si nos pegaran un puñal en el pecho, aquello era darnos con el trapo puerco en la cara.

Scott estaba con su *gury gury* en el balcón de Palacio, como quien predica en desierto.

Grupos de mujeres desde abajo le gritaban, “icállate costalón...! sí, brujo...!, isí, tío Juan Rana...!”

En la esquina de la plaza del Volador, y subido como en alto, estaba un hombre; pelón, de ojos muy negros, de cabello lanudo y alborotado, de chaquetón azul, que hablaba muy al alma; su voz como que tenía lágrimas, como que esponjaba el cuerpo: “las mujeres nos dan el ejemplo, ¿qué ya no hay hombres?, ¿qué no nos hablan esas piedras de las azoteas?...” La gente gruñía con rumor espantable: la voz de aquel hombre caía en la piel como azote de ortiga... Aquel



ENTRADA DEL GENERAL SCOTT A MÉXICO (1851). LITOGRAFÍA DE ADOLPHE JEAN-BAPTISTE BAYOT, DIBUJO DE CARL NEBEL.



AQUÍ SE LLORABA, ALLÁ SE PRETENDÍA HUIR; EN OTRAS PARTES TODO ERA GUERRA; LAS MUJERES SERVÍAN AGUA Y PREPARABAN HILAS, UNA RUEDA DE MUCHACHOS HACÍA CARTUCHOS.

hombre era don Próspero Pérez, orador de la plebe de mucho brío y muy despabilado, como pocos.

Cuando él estaba más enfervorizado, y más en sus glorias los yankees, de por detrás de Próspero sonó un tiro de fusil y pasó silbando una bala; un grito de inmenso regocijo y explosiones de odio, de burla y de desesperación, acogieron aquello...

Los yankees se fueron sobre el tiro, acuchillando a la gente, atropellando a las mujeres y a los niños...

Entonces, como en terreno quebrado, varios hilos de agua se juntan y forman río; como en campo que arde aquí y allá, el aire junta las llamas y forman incendio, así la gente se juntó... y descargó balazos y pedradas, corriendo a la espalda de Palacio.

Los yankees seguían en persecución de aquella masa hostil... algunos léperos derriban a varios soldados... y la gente cae sobre ellos y los devora, dejando sus

cadáveres medio desnudos... los calzones de uno de esos yankees enarbolados en un palo sirven de bandera...

Las mujeres hacían gran escándalo, llevaban agua, acarreaban heridos, vito-reaban, alentaban, se asían de los yankees, desarmando, arañando, mordiendo a los que cogían dispersos...

Los pelados se habían hecho muy fuertes en la esquina de Necatitlán; nadie pensaba en blandearse; pero faltaba el parque... alguno gritó... agobiado por el baleo... ¡Casa Nueva! —Eso no, dijo un hombrote desde una azotea en que estaba haciendo fuego... Eso no. ¡Ijijo de una mala palabra el que se muera aquí! Muchachos, aquí está la honra del barrio.

Decir lo que pasaba en cada casa, fuera cuento de nunca acabar.

Aquí se lloraba, allá se pretendía huir; en otras partes todo era guerra; las mujeres servían agua y preparaban hilas, una rueda de muchachos hacía cartuchos. Muchas leperillas pedían limosna de pan, de carne y la repartían.

Había casas con las puertas de par en par con las sillas muy tiesas, las camas puestas, pero sin dueño.

El pueblo había estado como fiera y como llama, como mar y como aire fuerte, que vuela bramando.

Así sacó la cara el día 15, para ver lo que pasaba... tantos cartelones amanecieron en las esquinas firmados por don Reyes Veramendi con sermones y patrañas; a todos esos cartelones, les embarramos la cara de lodo y de algo peor en cuanto Dios echó su luz...

En la segunda calle de San Francisco, pusieron un gran cuartel los yankees y con eso y ser *decentes* los de por allí, quedó quieto ese rumbo.

Sin dirección, desangrándose, desgarrado, corriendo como ciego entre abismos buscando a la patria que se le iba de dentro de sus brazos, así fue el pueblo y así le vencía el abandono de sus defensores y de los poderosos; pero aquel ruido de guerra hacía compañía al alma, en ese ruido había patria y esperanza.

Era uno el R. P. Lector González, muy moreno, de negro copete, de mirada altiva; éste llevaba en alto un estandarte con la Virgen de Guadalupe, madre de los mexicanos y enemiga cerrada de la Virgen gachupina.

Este padre, como un gran general, a todo entendía, se encontraba en lo más recio del baleo, acaudillaba inmenso pueblo que como si fuera un solo niño lo obedecía.

Y qué palabras tan tiernas tenía aquel padre, y que cosas tan divinas sabía decir, era imposible a su lado ser cobarde.

Tan pronto el estandarte que el padre conducía, se veía por Loreto, como por los Ángeles, como sobre las azoteas, como en la torre Santa Anna.

El otro padre era el padre Martínez; delgado, calvito, de nariz armada. Ése daba el estandarte, se remangaba el hábito y marchaba delante de todos con un brío espantoso. A las doce del día 15 todavía estaba el ruido de la guerra en todo su fervor; quien se hubiera subido a esa hora en una torre de Catedral, habría podido ver fuego y horrores por el Cacahuatal y los alrededores de la Palma.

Los meros hombres de los diversos barrios allí se emparejaban; los tres frailes agitaban sus estandartes, los moribundos disparaban caídos sus armas gritaban: vengan a ver cómo mueren los hombres. ¡Viva México!, gritaban y iras!... dale a los yankees hasta entregar el alma...

Avanzándose hasta cerca de Santa Catarina, para salir al encuentro a grupos que venían de por Santo Domingo, y la travesera de la Puerta Falsa, había salido el padre González; al pasar le vi pálido, iba perdiendo sangre.

Vi rodeado de yankees el estandarte del padre: "aquí de unos hombres", gritó y rasgué a mi caballo con mis espuelas, llegué a tiempo... Al atravesar el puente, con su espada un yankee, metió Esiquio todo su cuerpo y cayó clareado de parte a parte... se revolcaba en sangre, y gritaba: ¡dentro, muchachos!, ¡dentro, que ya ganamos!, ¡dentro! Así murió.

En esta trifulca sentí que se me escurría de debajo de las piernas el caballo... Estaba yo a pie al lado del padre a quien se le resbala la mano en el asta del estandarte, porque la bañaba su propia sangre.

Fui conducido al hospital de sangre: con todo que iba yo entregando el alma, y que pasaban por mí no sé cuántas cosas, tenía no sé qué alegría mi corazón, porque moría por mi patria.

Cuando llega el 15 de septiembre se cuelgan cortinas y se ponen luminarias. A la plaza, muchachos, a la plaza, vámonos al Grito y a recordar también... la fiesta del pueblo de 1847. ✨



GUILLERMO PRIETO.

IMAGEN: TOMADA DE GRAN HISTORIA DE MÉXICO ILUSTRADA, VOL. III.

CÓMO SE ABRIÓ AL TRÁNSITO LA AVENIDA INDEPENDENCIA

POR ENRIQUE FERNÁNDEZ LEDESMA

En 1855 se inició la aprobación de leyes y decretos que minarían el poder de la Iglesia. En ese marco, ocurrió el episodio que narra Fernández Ledesma (1888-1939), sobre la demolición de una parte del convento de San Francisco, ante la sospecha de que los conservadores fraguaban ahí una conspiración.

Según otras fuentes, la demolición estuvo a cargo de unos 700 barreteros y duró tres días. La construcción de la vía tardó aún años, y después, la gente la evitaba por temor divino. Si algún cochero pasaba, se oía un "¡Ave María Purísima!".

En 1861 el edificio fue fraccionado nuevamente, y vendido; ese año, otros 10 conventos corrieron una suerte parecida.



dice usted, señora, que el foco de la conspiración se refugia en el Convento de San Francisco?

—Sí, excelentísimo señor. Que se hagan, con toda prudencia, las pesquisas del caso. Mis datos son precisos y si se obra con sagacidad...

—Muy bien, señora. Tomo nota de sus declaraciones y le participo que mi gobierno será inflexible para con los culpables, en caso de que existan.

—Existen, excelentísimo señor.

—Gracias, señora. Ya lo sabremos.

Y Comonfort, que no creía mucho en la denuncia de aquella sedición, dio un paso para acompañar a la dama. Con las mayores muestras de cortesía condujola hasta la puerta del gabinete. Luego llamó a su ayudante:

—Haga usted venir al mayor Pagaza, en el acto. Y vaya usted en persona a decirle al gobernador del Distrito que venga a hablar conmigo. ¡Corra usted!

A poco, don Vicente Pagaza, mayor del Cuerpo Independencia, celebraba una rápida entrevista con el Presidente.

—¿De manera que viene usted a rendirme parte de lo que yo iba a prevenirle?

—Sí, señor Presidente. Me dirigía a hablar con S. E. cuando en el camino uno de sus ayudantes me transmitió la orden de que, sin pérdida de tiempo, me presentara ante su excelentísima persona...

—¿Y dice usted que notó, en el atrio del convento, movimientos sospechosos?

—Sí, señor excelentísimo. Había en el atrio una buena copia de civiles y clérigos. Al advertir mi presencia disolvieron los grupos y todo el mundo huyó en dispersión hacia el interior del convento. Violentamente di órdenes al capitán Valdés para que viniera a encontrarme con fuerzas competentes. Con ellas rodee el edificio y penetré, seguido de un piquete, al interior del monasterio. En la celda del padre Magna Grecia aprehendí a los civiles Beridón, Bargas, Nájera, Reballose, Rosete, Álvarez, Serrano y Pozos. Todos ellos están custodiados en el cuartel.

—¿Qué cuartel es ése?

—El que ocupa el batallón, señor excelentísimo, en el ala derecha del mismo convento, frente a la calle de San Juan de Letrán. Allí se encuentran los detenidos a





DEMOLICIÓN DE LA CAPILLA DE LOS SERVITAS, CONVENTO DE SAN FRANCISCO (1862).

las órdenes de S. E.

—Bien, mayor Pagaza. Custodie a los prisioneros hasta nueva orden y espere instrucciones. Ahora déjeme, que tengo que hablar con el señor gobernador.

El mayor Pagaza giró marcialmente sobre sus talones y con una respetuosísima inclinación salió de la estancia.

—Hola —exclamó Comonfort frunciendo el ceño—. Parece que esto tiene más miga de lo que llegué a imaginarme...

Luego dirigiéndose al ujier:

—Que pase inmediatamente el señor gobernador.

Don Juan José Baz, alto, nervioso, apresuradísimo, atravesó, a grandes zancadas, la puerta del gabinete. Su melena rubia, profusa entonces, fulguraba con una palpitación de relámpago, con el mismo relámpago de violencia en que se extraviaba su mirada azul.

—Señor Baz —exclamó Comonfort—; ¿está usted enterado de lo del Convento de San Francisco?

—He hecho practicar las primeras diligencias y yo mismo...

—Usted mismo irá luego a inquirirlo todo y a detenerme a los culpables. ¿Cree usted que esto provenga del padre Lecona?

—Lo juraría —barbotó el jacobino inflamándose—; y aun iría más allá: iría hasta señalar como codirector de la conspiración al padre Magna Grecia...

—Nada sabemos aún de firme. Marche usted en el acto a San Francisco, haga las aprehensiones del caso y, sobre todo, procure deshebrar las madejas de complicación que haya en todo esto.

Baz se despedía, como siempre, nervioso y apresurado, cuando volviéndose a Comonfort gritó, más bien que dijo:

—¿Y ese castigo, señor? ¿Y el escarmiento? Es preciso tomar una medida ejemplar...

—Ya vendrá eso a su tiempo, Baz, ya vendrá...

—No señor: que el gobierno se haga sentir de una buena vez. Si existe la culpabilidad en donde nos la hemos imaginado, pongamos allí un puño de granito.

—Pero, hombre, Baz...

—Propongo a S. E. un bello escarmiento que, por una parte, constituya el castigo para los sediciosos y que, por la otra, represente un bien inestimable para la ciudad.

—No atino, amigo Baz.

—Pues es muy sencillo: demolamos el convento.

—¡Baz, por Dios! ¡Qué encarnizado radicalismo!...

—No se alarme usted tanto, señor. Demolamos sólo una parte del convento, algo de la huerta, una pequeña zona de las celdas, la enfermería, la cocina, patios y patinillos... Y que vayan nuestras piquetas hasta San Juan de Letrán.

—¿Quiere usted decir que se abra una nueva calle?

—Exactamente. Y S. E. debe preparar ya el decreto.

—¿El decreto?

—Sí, señor: el decreto que suprima la actuación monástica de San Francisco y que determine la apertura de una nueva calle mediante la demolición del edificio.

Baz estaba anhelante de emoción y de vehemencia. Comonfort quedóse pensativo. Luego, fijando la mirada en su desatado colaborador, exclamó, casi con tristeza:

—Está bien, Baz, abriremos esa calle. Quizá tan grave y dolorosa medida sea saludable para ejemplaridad...

—Por supuesto que será saludable y lo único que siento es que no derribe-

mos, piedra por piedra, esa casa de...

—¡Basta ya de locuras y exaltaciones! Entregaremos al tránsito público la nueva calle que se llamará "de la Independencia"...

—¿En recuerdo a los buenos servicios que acaba de prestar al gobierno el batallón del mismo nombre?

—Sí. Y ahora ponga usted al servicio de las investigaciones que necesitamos toda la actividad posible: toda su febril actividad que tanto me agrada.

Despidióse Baz ufánísimo. A poco llegaba al convento y se entregaba a pesquisas y a interrogatorios. Se hizo la aprehensión de otros presuntos culpables que fueron a sumarse a los detenidos por el mayor Pagaza.

Al día siguiente, 16 de septiembre de 56, publicaba Comonfort un decreto cuyo primer artículo decía:

"...Para la mejora y embellecimiento de la capital de la República, en el término de quince días, contados desde la fecha de este decreto, quedará abierta la calle llamada Callejón de Dolores, denominada Calle de la Independencia."

Baz, providente hasta el delirio, daba órdenes, reñía a los ediles, corría como un poseso, de un lugar a otro y por fin se ponía al frente de cuatrocientos barretes armados con picos.

A las diez de la noche empezó la demolición. Los zapadores, intimidados al principio, dejábanse ganar por los escrúpulos religiosos y no querían tocar los muros. Entonces, Baz y algunos munícipes, improvisaron arengas para estimular a la multitud y cantaron, a voz en cuello, las coplillas de *Los Cangrejos*, en boga entonces y que eran, según dicho de un cronista de aquellos tiempos, "La Marsellesa de los exaltados".

A las primeras luces de la mañana quedó abierta la comunicación con Dolores. Había nacido, de aquel febril impulso, la calle que es hoy la avenida de la Independencia.

El 17 apareció un nuevo decreto privando a los franciscanos de su convento.



PROPONGO A S. E. UN BELLO ESCARMIENTO QUE CONSTITUYA EL CASTIGO PARA LOS SEDICIOSOS (...) DEMOLAMOS EL CONVENTO.

Así quedaron las cosas al correr de cinco meses. Pero en febrero de 57, las damas de México, interesadas en la reapertura de San Francisco, trabajaron tan bien y promovieron influencias tan decisivas, que un grupo de liberales distinguidos convino en elevar un memorial al Presidente, pidiendo la restauración de la orden monástica en San Francisco. Firmaban el memorial, entre otros personajes de viso: don Francisco Zarco, don Guillermo Prieto, don Benito Quijano, don Juan de Dios Arias, don José María del Castillo Velasco, don Benito Gómez Farías y don Félix Romero.

La cláusula final de la petición decía así:

...Concédales V. E. que vuelvan a ocupar la parte libre de su convento y a sostener el culto que tanto ha brillado en su antiguo templo. Otórgueles V. E. esta gracia, cuando se propone dispensarlas a todos los mexicanos extraviados y así dará V. E. un nuevo y espléndido testimonio de que, si sabe castigar con toda la inflexibilidad de la justicia, es también indulgente. ✨



SAN FRANCISCO ANTES DE SU DEMOLICIÓN; AL FONDO, LA CASA DE LOS AZULEJOS.



EL ACARTONADO GRITO DE 1870

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

“Que se acabe eso de una vez”. Así se pronuncia Altamirano (1834-1839) acerca del protocolo acartonado, monótono y clausista que la ceremonia del Grito tenía en 1870.

Los liberales, en el poder desde 1855, habían secularizado el ritual, y lo habían confinado en el Teatro Nacional, a donde solo se podía entrar “de frac y guantes blancos”.

En esta crónica sin título, Altamirano se aburre de lo lindo en los actos oficiales de la noche del 15: discursos, lectura

solemne del Acta de Independencia, poemas y números musicales de calidad variable, antes de las vivas a la Independencia por parte del presidente.

Para Altamirano, la verdadera fiesta está en la Plaza de Armas (hoy Zócalo), donde festeja el pueblo.

Propone entonces que el presidente dé el grito desde un balcón de Palacio Nacional “tremolando la bandera”. La idea se llevaría a efecto a partir de 1887.



Desde 1825, en que el ayuntamiento de México, dispuso conforme al decreto del Congreso general de 1824 que se solemnizaran los días 15, 16 y 17 de septiembre, las fiestas cívicas se han modelado en un solo y constante programa, llegando a adolecer de monotonía. Pero en fin, en aquella época, podía decirse que los republicanos novicios no tenían otro ejemplo que seguir para sus regocijos que el que les ofrecían las fiestas vi-reinales o las eclesiásticas.

En estos últimos años, en que se tienen ideas más verdaderas de la democracia, en que se ha estudiado más el republicanismo sincero de los Estados Unidos del Norte, y sobre todo, en que debe fijarse más la atención en la índole de nuestro pueblo, es extraño que aún se conserven ciertas tradiciones oficiales de nuestros antiguos gobiernos.

Pero volveremos después al asunto: hablemos del programa de la Junta Patriótica de 1870.

El día 15 en la noche, se iluminó espléndidamente el Gran Teatro Nacional, y se situó una numerosa guardia de soldados bien uniformados en el vestíbulo. Esa guardia con sus cuarenta centinelas tenía por objeto no sólo guardar el orden, para lo cual creemos que bastaba la policía, sino también y principalmente hacer los honores a los altos funcionarios de la nación, que debían como de costumbre, presidir la solemnidad. Además, uno de los puntos de la consigna que tenían estos centinelas, era el de no dejar entrar a ninguna persona que no tuviera levita o frac, o vestido de seda, o que no se presentara con el salvoconducto de un miembro de la Junta Patriótica. De eso resultaba que cuando la muchedumbre de chaqueta o de simple camisa empujaba por su aglomeración a alguno de los soldados, estos tuvieron que hacer uso de los enérgicos argumentos de culatazo. De ahí, vociferación justa, justísima, de parte del pueblo y fastidio del pobre soldado, que se veía obligado a maltratar a sus hermanos.

¡Siempre lo mismo! Lo mismo que en tiempos de los gobiernos pasados. Y seamos justos, no es el gobierno actual el que dispone esto, ni el que lo autoriza. Son los demócratas de la Junta Patriótica los que así lo arreglan.

(...)

A las once de la noche justas, se levantó de su asiento el presidente, y después de una breve alocución, vitoreó la independencia, enarbolando la bandera nacional. El público prorrumpió en vivas entusiastas, se oyó el estampido del cañón que hacía la salva en la plaza; las músicas militares tocaron dianas y se dio rienda suelta al patriotismo popular.

A todo esto, llama el pueblo desde hace tiempo *el grito*, en memoria del glorioso grito de independencia dado en Dolores por el inmortal Hidalgo. Si hemos de decir verdad, sea que este nombre y esta solemnidad a las once de la noche nos parezcan bellos por nuestros recuerdos de la niñez, o bien que en efecto sea una de las pocas tradiciones históricas que enseñan al pueblo el origen de su

libertad, el hecho es que el grito del día 15 de septiembre es una santa costumbre que deseamos que viva en nuestra patria cada vez más solemne y respetada.

Al oír *¡viva la independencia!* todo el mundo que ha nacido en México, se conmueve y se siente feliz. El rico como el pobre, el desgraciado mismo, el enfermo, el encarcelado, olvidan su amarga situación para no pensar más que en aquella noche bendita, en que el pueblo mexicano sacudió el yugo español.

(...)

Al salir del teatro, recorrimos varias calles: por todas partes encontramos grandes grupos de gente del pueblo, cantando y gritando alegremente.

A falta de canciones patrióticas, porque las que hay son pocas, muchos de estos grupos entonaban todas las canciones posibles, todo el repertorio erótico y sentimental que hay en México, y que desgraciadamente es abundantísimo.

Con este motivo nos pusimos a hacer la siguiente reflexión: ¿Por qué no hay un cancionero patriótico? ¿Por qué Guillermo Prieto no quiere pulsar la lira de Beranger? Él es, quizás, el poeta cuyas canciones tengan más éxito entre las masas. Sus *Cangrejos*, su *Chinaca*, sus *Moños verdes*, su *Bombardeo de Veracruz* han sido cantados con frenesí. Su poesía burlona, alegre, tierna a veces y belicosa otras, impresiona la imaginación popular y se graba en la memoria fácilmente. ¡Bardo tanto más perezoso cuanto más querido del pueblo!

(...)

Oyendo las quejas melodías de la *Elvira* y de los *Celos*, entramos en la plaza de Armas. Nos acompañaban Justo Sierra, Manuel Rincón y otros amigos. Sin esperanza de novedades y de emociones, nos despedimos para irnos a dormir; pero en ese momento oímos una gran salva de aplausos y de gritos...

hicimos alto para saber de dónde venía aquel ruido. En el mismo instante Justo Sierra vino corriendo a alcanzarnos.

—Es Guillermo Prieto que está perorando —nos dijo.

Entonces volamos al lugar en que nuestro patriarca se había improvisado una tribuna y se había encontrado un auditorio entusiasta.

En efecto, nos acercamos. Guillermo estaba en pie en una de las bancas de fierro del jardín de la plaza, y desde allí dirigía a una muchedumbre compacta y entusiasmada sus palabras de fuego. La luz de un farol cercano alumbraba el rostro animadísimo del viejo orador popular, y los semblantes atentos de los hombres del pueblo.

¿Quién puede recordar una por una las expresiones de Prieto? Esa noche estaba elocuente, como está siempre que evoca los grandes recuerdos de la patria, siempre que se inspira en las grandezas de la libertad y siempre que habla con la multitud, que lo ama y que lo comprende. Al concluir su discurso poco faltó para que lo ahogaran a abrazos, y apenas pudo escabullirse envuelto en su capa a toda prisa. Nosotros lo alcanzamos, y se alegró mucho de vernos. Díjonos que venía taciturno y solitario por el jardín, cuando el concurso popular lo reconoció y le pidió que hablara, y que él habló, lo cual le había hecho mucho bien, porque siempre en estos días siente hervir en su alma el entusiasmo, como es natural.





ALEGORÍA DE LA PATRIA LIBERADA POR HIDALGO E ITURBIDE. LA PATRIA ESTÁ REPRESENTADA POR UNA MUJER CRIOLLA. PINTURA ANÓNIMA, CIRCA 1834.

En seguida vino a hacer con nosotros un gran brindis en la Concordia, y tornó a la plaza, donde otra vez fuimos a hallarle a las dos de la mañana perorando en el Zócalo. La multitud se había acrecentado entonces.

Después ella obligó a Justo Sierra a perorar también, y he aquí que el joven colosal subió a la banca de piedra, y desatando esa elocuencia juvenil y dantoniana que le caracteriza, compartió con Prieto los honores de la tribuna. A las cuatro de la mañana acabaron de hablar, y el pueblo saludó la aurora del 16 en la plaza, acompañando el estampido del cañón con sus gigantescos gritos de júbilo.

Entonces, y contemplando semejante escena, consideramos que allí estaba la verdadera fiesta popular, expansiva, franca, enorme, sin trabas, ni programas, ni violincitos.

La función patriótica del Teatro Nacional se parece a las funciones que hacen los católicos en la Profesa, y en las que sólo se puede adorar a Jesús con frac y guantes blancos. Ese es culto farisaico de aristocracia y catrinería. ¿Por qué se imitan semejantes farsas?

Al Teatro Nacional no entra el pueblo humilde, como si él no tuviera derecho de adorar al padre de la independencia. El patriotismo del Teatro Nacional, es también patriotismo de frac y guantes blancos. No: que se acabe eso de una vez, que no haya granaderos en las funciones cívicas, que no se excluya a nadie, que se confunda el esmerado frac del dandy con la tosca blusa del menestral, y que se enlacen esa noche la mano enguantada con la mano callosa del jornalero y del artesano. ¿Por qué no ha de ser eso? ¿Pues qué, somos desiguales ante la patria y ante el anciano de Dolores, padre común de los mexicanos?

Se dirá: pero no caben todos en el teatro. Está bien: pues entonces, no hagáis fiestas en el teatro, no convoquéis al pueblo con programas engañosos a los salones. ¿Qué tiene que ver el pueblo con estas costumbres de la aristocracia de exigir billetes y de examinar el traje, la cabellera y el calzado? No fue con gente de frac con quien Hidalgo proclamó la independencia, ni es con gente de frac y de guantes con la que se combate en favor de la república. Son esas pobres masas de hombres pobremente vestidos, de cabellos despeinados y de manos endurecidas por el trabajo, las que forman los batallones de combatientes, las que cubren las trincheras, las que alfombran los campos de batalla y de las que salen los héroes y los mártires. ¿Por qué se les ha de cerrar la entrada de un teatro a ellas a quienes se les abre el camino del asalto y el camino del martirio?

Si no caben en el estrecho salón de Vergara, que se quede cerrado la noche del 15 y que la solemnidad se haga en la plaza de Armas. Allí se alzarán diez tribunas para los tribunos como Guillermo Prieto y Justo Sierra y para todos los hombres del pueblo que aunque no tengan frac, ni educación literaria, tengan patriotismo y lenguas; allí no habrá necesidad de pagar escuálidas cantarinas que vengán a mezclar los ridículos acentos de la zarzuela o las gemebundas notas de la ópera italiana, que no siempre tienen el dúo de *Puritanos* a los sublimes y tempestuosos gritos de un pueblo en plena erupción de entusiasmo. Allí no se escucharán los trémolos de los violines, ni la voz acatarrada del oboe, sino el toque marcial de los tambores, los acentos vibrantes de los instrumentos de bronce, únicos que convienen a las fiestas de la libertad; y por último, se escuchará la ronca voz del cañón y se aspirará el humo de la pólvora que recuerda al pueblo sus peligros y sus glorias. A las once de la noche, el primer magistrado de la nación puede salir a los balcones de Palacio, y tremolando la bandera nacional, puede dar el grito de independencia, grito a que responderán millares de voces en un concierto grandioso, terrible, inmenso, que poblará el espacio y que será digno de un gran pueblo.

¡Qué diferencia entre una solemnidad así y esa fiestecilla parecida al beneficio de una cómica, en que se disputan los boletos, que se duermen las gentes oyendo gorgoritos, en que se fastidian todos, magistrados, músicos y espectadores, recibiendo un plantón de cuatro horas en medio de una atmósfera asfixiante! ✨

LA FUNCIÓN PATRIÓTICA DEL TEATRO NACIONAL SE PARECE A LAS FUNCIONES QUE HACEN LOS CATÓLICOS EN LA PROFESA (...) ESE ES CULTO FARISAICO DE ARISTOCRACIA Y CATRINERÍA.



LOS ANIVERSARIOS DEL 16 DE SEPTIEMBRE



POR LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN



Al historiador Luis González Obregón debemos este texto acerca de la evolución de la fiesta patria mayor. Constituye el capítulo LXV de su libro *México viejo* (1891), una recopilación de artículos sobre aspectos anecdóticos de la Ciudad de México, aparecidos semanalmente en el periódico *El Nacional*. Los fragmentos seleccionados permiten comprender cómo

esta festividad empezó siendo significativa solo para quienes abanderaban la causa insurgente, luego tuvo un periodo en el que fue una fiesta nacional por decreto, y terminó enraizándose en el alma de la población. La crónica también muestra cómo pasó de ser una celebración cívico-religiosa, a una totalmente laica.



Desde los primeros años de la lucha se comprendía la alta significación de esta fecha, pues ya el año de 1812 el benemérito General D. Ignacio Rayón la celebró en la ciudad de Huichapan, y así consta en su Diario de operaciones militares (...): "Día 16. Con una descarga de artillería y vuelta general de esquilas comenzó a solemnizarse en el alba de este día el glorioso recuerdo del grito de libertad dado hace dos años en la congregación de Dolores, por los ilustres héroes y señores serenísimos Hidalgo y Allende, (hubo) misa de gracias (e) hizo salva la artillería y la compañía de granaderos de Huichapan: a las 12, en la serenata, compitiendo entre sí las dos músicas, desempeñaron varias piezas selectas con gusto de S. E. y satisfacción de todo el público". (...)

El 16 de septiembre de 1813, se solemnizó en Oaxaca, publicando en el núm. XXX del *Correo del Sur* un artículo intitulado "Rapto del entusiasmo patriótico de un americano en el feliz aniversario del 16 de Septiembre de 1810".

No tenemos noticia más que de estas dos celebraciones del 16, durante la guerra de 11 años (...) el gran Morelos, en los 23 puntos que proponía el 14 de Septiembre de 1813, para que se incluyeran en la Constitución, decía: "Que igual-

mente se solemnice el día 16 de Septiembre todos los años, como el día Aniversario en que se levantó la voz de la Independencia y nuestra Santa libertad comenzó (...)". No se incorporó en el DECRETO CONSTITUCIONAL de Apatzingan esta proposición; pero sí se declaró día de fiesta nacional el 16 de Septiembre.

III

Consumada la Independencia, el primer Congreso Constituyente de 1822, inspirándose en las ideas más nobles y patrióticas, decretó honores a los héroes, y declaró también día de fiesta cívica, entre otras, el 16 de Septiembre (...).

(El decreto respectivo, mandó solemnizar) "los días 24 de Febrero, 2 de Marzo, 16 y 27 de Septiembre, de festividad nacional, celebrándose con salvas de artillería y misa de gracias, á la cual deberá asistir la Regencia con las demás autoridades, vistiéndose la Corte de gala y usando del ceremonial de las felicitaciones, lo que se hará extensivo a todos los lugares del Imperio". (...)

Pero este decreto tan justo como patriótico parece que no se cumplió (...), tal vez en ese año de 1822 no se conmemoró el glorioso aniversario de la proclamación de la Independencia.

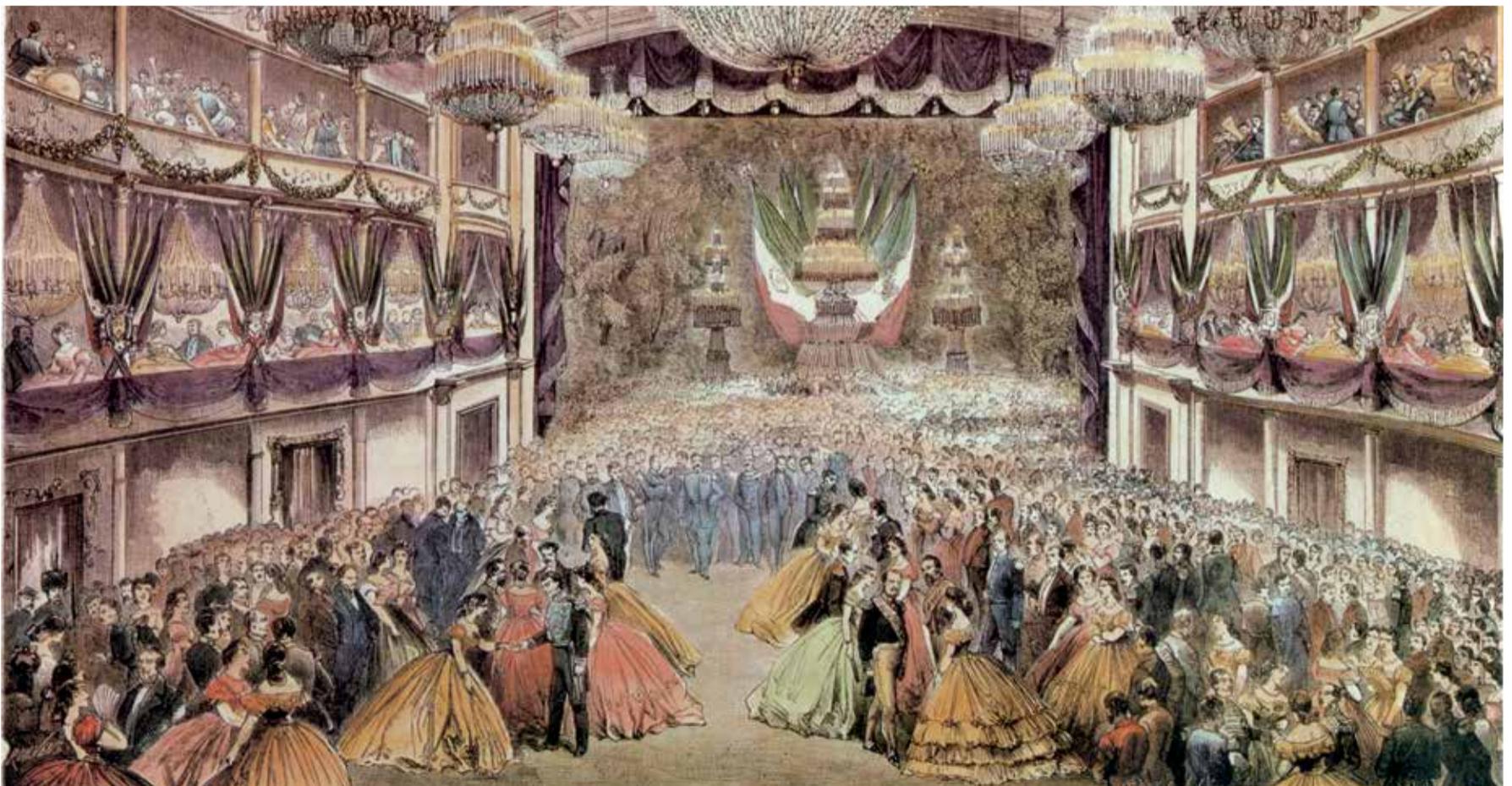


IMAGEN: TOMADA DE FERNANDO BENTÉZ, LA CIUDAD DE MÉXICO VOL. 6, SALVAT, MÉXICO, 1984.

BAILE OFRECIDO CON MOTIVO DE LA INDEPENDENCIA EN EL TEATRO PRINCIPAL, POR EL COMANDANTE ÉLIE-FRÉDÉRIC FOREY DURANTE LA INTERVENCIÓN FRANCESA.

Fue preciso, pues, que a la caída del Imperio, el nuevo Congreso Constituyente sancionara otra vez su primera disposición, por decreto de 27 de Noviembre de 1824, en el cual estableció como únicas festividades cívicas, el 16 de Septiembre, aniversario de la Independencia, y el 4 de Octubre, de la sanción de la Constitución.

(En 1823) se había dispuesto la traslación de los restos de los primeros héroes, que llegaron a la capital en determinado día. El 16 se trajeron de la Villa de Guadalupe a la iglesia de Santo Domingo en solemne procesión, y el 17, con igual pompa, se llevaron a la Catedral, donde fueron depositados en la cripta del altar de los Reyes. Estos restos fueron los de los beneméritos Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez, Morelos, Matamoros, Mina y Moreno. Con este motivo las fiestas del 16 revistieron un carácter fúnebre, pero grandioso (...).

Empero, el año de 1825, fue cuando verdaderamente se organizó la fiesta nacional (...). Para solemnizarla convenientemente, se formó entonces una Junta Patriótica y a uno de los más entusiastas miembros de ésta, el Lic. D. Juan Wenceslao Sánchez de la Barquera, es a quien se debe el arreglo definitivo. (...)

Una reseña contemporánea de la fiesta del año de 1825 la describe así:

“Concluida la función eclesiástica, para la que se adornó el templo metropolitano con la mayor pompa y majestad, con iluminación completa de las naves y música escogida para que oficiara, se pasó la concurrencia al Palacio Nacional, donde el Excelentísimo señor Presidente de la República recibió la felicitación del cuerpo diplomático y corporaciones eclesiásticas y civiles.

“A las doce y media se reunieron en las casas consistoriales el Gobernador del Distrito con el Excelentísimo Ayuntamiento, Junta cívica ó directora de la función, y los señores del Cuerpo Diplomático, con una multitud de ciudadanos de todas clases, que se invitaron al efecto. De allí salió la procesión por las calles de Tlapaleros, Refugio, Espíritu Santo y Plateros a desembocar por el frente de Palacio al Portal de las Flores, y llegar a la tribuna que se había construido entre las dos puertas principales de Palacio.

“El Excelentísimo señor Presidente de la República aguardaba en el tablado, y llegada la comitiva, el orador pronunció la oración patriótica que se le había encomendado por la Junta Directiva, y concluida, procedió el Excelentísimo Señor Presidente de la República a entregar los niños huérfanos al Preceptor que debía encargarse de ellos, y al encomendárselos dijo: “CIUDADANOS: He aquí los huérfanos “de algunas víctimas inmoladas en la lucha de la Patria; ella, agradecida y justa, os los entrega en este día de recuerdos deliciosos: “educadlos, y háganse dignos de llevar el glorioso nombre de sus padres”.

Acto continuo anunció a los esclavos la emancipación que les concedía la Patria, y les dijo: “ESCLAVOS: En este día en que se celebra el aniversario de la libertad, recibidla en nombre de la Patria, y acordaos que sois libres por ella, para honrarla y defenderla”.

El pueblo, conmovido con estos actos de tanta ternura, prorrumpió en los vivas más enérgicos a la Libertad, a que correspondió el inmenso concurso que ocupaba la gran Plaza de la Constitución.

“Por la tarde, a pesar de la continuada lluvia, se verificó el paseo en la Alameda, y bailes de cuerda en el interior, a que concurrieron las músicas militares, colocándose en los ángulos del paseo. Por la noche, ya serena, siguieron las iluminaciones y fuegos artificiales alegóricos, que se desempeñaron con el mayor lucimiento.

“Entre las alegorías que se colocaron en las casas de establecimientos públicos, nos llamó la atención la que puso en su fachada el Congreso del Estado, manifestando el carro del triunfo de la América libre atropellando en la velocidad de su carrera las testas coronadas que abrumaban al Universo.

(...)

“En todas estas funciones no se ha advertido más que el júbilo, el buen orden y el entusiasmo patrio de nuestros moderados y virtuosos ciudadanos”.

Con iguales o parecidas ceremonias se celebraron los siguientes aniversarios (...). El de 1829 fue notable, porque en este año las pasiones se exaltaron y se avivaron los odios, con motivo de la expedición de Barradas. (Un bando local recomendó extremar precauciones para guardar el orden). En los bandos sucesivos de 1831 y 1832, se continuó recomendando el mayor orden, lo que demuestra que los ánimos aun no estaban muy tranquilos, y en el último se prohibieron los cohetes y vítores bajo pena de veinticinco pesos, aplicables por mitad al denunciante y al hospicio de pobres.

En 1833, ya sea por las revoluciones fratricidas, ya por el cólera que entonces dieztaba a la población, el aniversario de la independencia no se celebró el 16 de Septiembre, sino el 4 de Octubre, siendo además curioso que entonces no sólo no se prohibió quemar cohetes, sino que (se permitió a todo ciudadano) “que el rompimiento de la aurora pudiera saludarla con cámaras, cohetes, tiros de esco-

peta ó fusil”. Parece que esta costumbre duró varios años, pues todavía recuerdan muchas personas que los vecinos subían á las azoteas y disparaban toda clase de armas de fuego.

Estos primeros aniversarios revestían un carácter a la vez que cívico, religioso, pues no solamente las autoridades políticas tomaban parte en ellos, sino también las religiosas. Al par que los edificios del Gobierno, se adornaban e iluminaban todos los templos: la Catedral lo mismo que el Palacio. Los días 17 era costumbre celebrar en nuestra gran Basílica una misa de gracias por los héroes muertos. La fiesta del 16 tomó un carácter enteramente laico desde 1857.

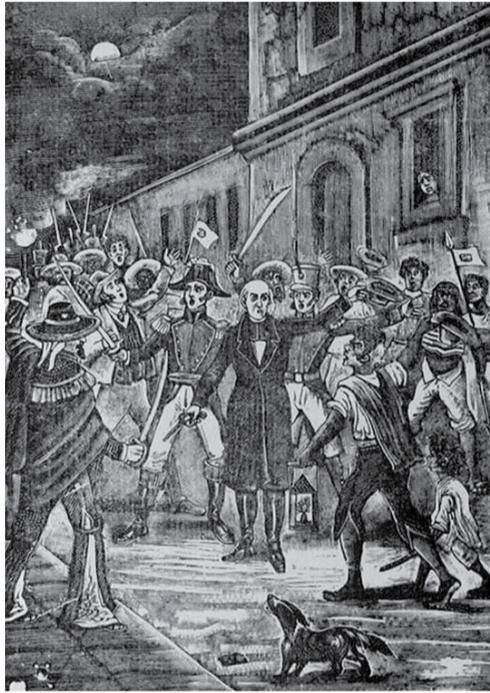
Entonces las iluminaciones se hacían con cazuelejas con manteca, con luminarias de ocote en los barrios, con toscos y cuadrados faroles en los edificios públicos; pero por todas partes la ciudad se veía iluminada. En las calles se levantaban arcos triunfales, templete, y astas, de las que pendían flámulas y banderas, y en las que se colgaban retratos o escudos con leyendas alusivos a los héroes.

Poco a poco este entusiasmo fue decayendo, ya por los acontecimientos políticos que agitaron al país, ya por culpa de la Junta Patriótica, que desterrando el elemento popular de las fiestas, se contentaba con coleccionar fondos para dar, en la noche del 15, una monótona función en el Teatro Nacional, en la que se leía el Acta de Independencia del año de 1821, se pronunciaba un largo discurso, una o varias

poesías, alternadas con piezas de música, y en la que el Presidente de la República vitoreaba a las once de la noche, a la Independencia y a Hidalgo. Esta solemnidad preparada por la citada Junta o por el Ayuntamiento, además de ser puramente oficial, pecaba contra la verdad histórica, pues el Grito de Dolores fue en la madrugada del 16 y no en la noche del 15. (...) Desde 1883, en que la juventud, los obreros, las colonias extranjeras y el pueblo tomaron participación en la fiesta del 16, ésta renació por completo, y cada año se verifica con más entusiasmo y suntuosidad.

Sin embargo de estas alternativas, la festividad del 16 sólo ha dejado de celebrarse en el año de 1847, cuando el enemigo extranjero profanó con su planta la ciudad de Cuauhtémoc, y eso en la capital, pues en muchas de las poblaciones de la República fue conmemorada dignamente.

Bajo el Imperio del infortunado Archiduque, no dejó de celebrarse el día 16. “El joven príncipe que ocupaba el trono levantado bajo los auspicios de la Intervención Francesa —dice el Sr. Altamirano— se manifestó desde los primeros días admirador entusiasta de los caudillos de la Independencia, y sincero o no en su admiración, impulsado por móviles de política, como quieren algunos, convencido por razones históricas, el hecho es que expresó su opinión de cuantas maneras pudo”.



EL GRITO DE INDEPENDENCIA. J. G. POSADA.

IMAGEN: TOMADA DE RAFAEL CARRILLO, POSADA Y EL GRABADO MEXICANO; PANORAMA EDITORIAL, MÉXICO, 1980.

LA FESTIVIDAD DEL 16 SÓLO HA DEJADO DE CELEBRARSE EN EL AÑO DE 1847, CUANDO EL ENEMIGO EXTRANJERO PROFANÓ CON SU PLANTA LA CIUDAD DE CUAUHTÉMOC.

En efecto, en 1864 trasladóse con una gran comitiva al Estado de Guanajuato, y llegando la noche del 15 de septiembre al pueblo de Dolores, se alojó en la casa de Abasolo. A las once de la misma noche vitoreó a la independencia en la ventana de la casa de Hidalgo, y el 16 volvió con la solemne comitiva a la misma casa, y escribió en el álbum consagrado al inmortal cura (...):

“Un pueblo que bajo la protección y con la bendición de Dios funda su independencia sobre la libertad y la ley, y tiene una sola voluntad, es invencible y puede levantar su frente con orgullo”.

En 1865, ya en la Capital, celebró también Maximiliano el grito de Dolores con grandes y suntuosas fiestas (...).

Mientras (...), el benemérito Juárez, consagraba a su vez recuerdos a los héroes, y celebraba el 16, aun en medio de su difícil y prolongada peregrinación. (...) El de 1866 se solemnizó en Chihuahua en el salón del Ayuntamiento (...).

Después del triunfo de la República y del restablecimiento del Gobierno legítimo, el 16 se solemnizó en México con gran júbilo y regocijo, revistiendo entonces las fiestas gran pompa y entusiasmo.

Hoy la República entera celebra el aniversario del grito de Dolores, en medio de la paz y del progreso que desde hace algún tiempo disfruta. (...)



LAS FIESTAS DE LA CAMPANA DE LA INDEPENDENCIA

EL MONITOR REPUBLICANO

Desde 1825, la junta patriótica de la capital introdujo en la celebración de la Independencia el repique de campanas y el estallido de cohetes, a las once de la noche del día 15.

Para acabar con la tiesura de la fiesta y hacer lucir a Díaz, en 1887 se intentó traer “prestada” la campana de Dolores. Pero había sido refundida, informa la historiadora Carmen Nava. En 1896 se retomó la idea y se trajo de Dolores “la campana

más antigua de la torre parroquial”, el esquilón de San Joseph, lo que enojó a los “dolorenses”. Como describe esta crónica del 14 de septiembre, fue recibida con gran pompa.

La noche del 15 apenas se le oyó, pero sí dio “un sello de novedad” al Grito, y cerró “un ciclo”. Desde entonces, el rito “ha sufrido solo cambios menores y la campana se ha convertido en un símbolo patriótico visual y sonoro de primera magnitud”.



yer amaneció engalanada la ciudad, es decir, las calles por donde debía pasar la comitiva que conduciría la campana de la Independencia para colocarla sobre el balcón principal del Palacio Nacional.

Durante la noche trabajaron los que decoraban las fachadas de algunos edificios; esta decoración durará hasta el miércoles, aunque como es natural, un poco deterioradas las flores.

Porque en efecto, los que correspondieron a la invitación de adornar los edificios, lo hicieron con flores, de preferencia a otras galas.

Citarémos en primer lugar el —Jockey Club,— espléndidamente adornado, con precioso cortinaje de flores en la gran puerta, con abanicos de rosas blancas en los balcones, con *paneaux* en los macizos del edificio, y jardineras colgadas de las cornisas, y cojines de flores en las ventanas; en los balcones del piso alto, había columnas de flores y musgo, sosteniendo jarrones de porcelana.

El pórtico, formado de columnas de flores con chambranas de lo mismo, era lo que más lucía de este floral adorno.

(...)

La joyería de —La Esmeralda,— (donde hoy está el Museo del Estanquillo) esmeróse también en sus adornos.

Las cortinas de los balcones y las flámulas, eran como el fondo de los arcos caprichosos, de flores que se tendían a todo lo largo del edificio.

En el balcón de la esquina estaba formado un kiosco chino, todo de flores blancas; las guirnaldas serpenteaban sobre los aparadores y abríanse sobre la puerta decorada con tricolores cortinajes; sobre cada balcón ó ventana se alzaba un escudo de flores.

Las casas de la Avenida Juárez y Avenida Plateros y San Francisco estaban adornadas con cortinas, unas blancas, otras tricolores; en las casas de comercio descollaban las banderas extranjeras al lado de nuestra bandera nacional.

A lo largo de las banquetas había mástiles rojos con escudos y banderas, y la perspectiva que formaba este vistoso conjunto era en verdad muy agradable.

Desde las 8 de la mañana aquellas avenidas estaban llenas de compacta muchedumbre y los balcones poblados de espectadores.

Soldados de diversos batallones formaban valla de tal suerte, que en las banquetas era difícil dar paso.

(...)

A las nueve y media atravesó por las calles de San Francisco y Plateros el Presidente Díaz seguido de sus ayudantes y escolta; iba en su carruaje abierto, acompañado de algunos Secretarios de Estado (...).

Y eran las 10 de la mañana y la procesión ó comitiva que debía desfilar a las 9, no parecía, y más aumentaba la muchedumbre y se impacientaba deseando ver al esquilon San Joseph, nombre de bautismo de ese —bronce anunciador,— como decían los programas.

Ya entre aquel océano que se agitaba en las calles de Plateros y San Francisco, podía verse el elemento forastero que viene a tomar parte en nuestro alborozo patriótico.

El comercio abrió sus puertas en las primeras horas de la mañana, mas la mayor parte de los almacenes las cerraron después de las 10.

Desde antes de las nueve de la mañana comenzaron a reunirse los invitados todos en el Paseo de la Reforma, y allí se organizó la gran comitiva que debía acompañar a la Campana de Dolores hasta el Palacio Nacional.

Desfiló una descubierta de gendarmes montados y en seguida, precedidos por gallardetes de diferentes colores, algunas sociedades mutualistas, obreros de la Maestranza, obreros de las fábricas del Distrito Federal, delegaciones de los pueblos del mismo Distrito, Sociedad —Defensores de la República de 1836 a 1848,— alumnos de las Escuelas Nacionales Primarias, alumnos de la Escuela Correccional que lucían nuevo uniforme de dril color morado con polainas y penacho rojo en el chacó, comisiones de las Escuelas profesionales con sus respectivos estandartes, alumnos de Colegios particulares, Jefes y Oficiales francos de la guarnición, una comisión de los Bomberos de la Ciudad con uniforme de gala, alumnos de la Escuela Industrial de Huérfanos con uniformes nuevos de paño azul y gorra del mismo paño, Juntas —Patriótica Hidalgo— y de Trofeos Militares, Delegaciones de Ayuntamientos foráneos, artesanos y trabajadores de la Obrería Mayor, empleados públicos, miembros del Poder Legislativo y del Poder Judicial, representantes de los Estados, Gobernador del Distrito, y Comisión del Ayuntamiento.

En seguida venía el carro alegórico que conducía la Campana, adornado con mucho gusto y luciendo guirnaldas de flores en las ruedas y un resplandor de banderas tricolores ante el que descansaba el histórico bronce pintado de verde por

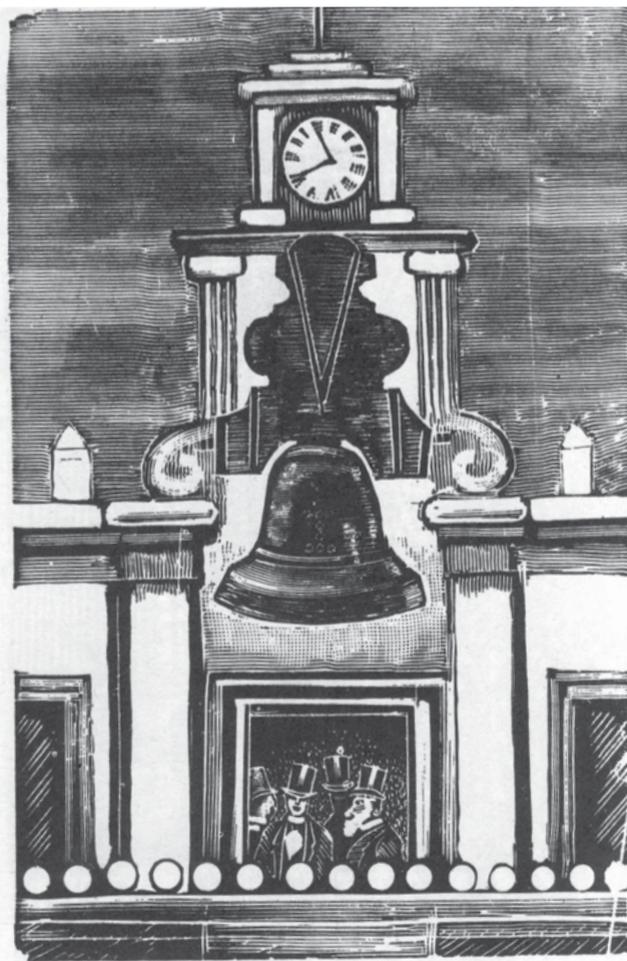


IMAGEN: TOMADA DE RAFAEL CARRILLO, POSADA Y EL GRABADO MEXICANO, PANORAMA EDITORIAL, MÉXICO, 1980.

EL TRASLADO DE LA CAMPANA, SEGÚN J.G. POSADA.



LA HISTÓRICA CAMPANA DE DOLORES ES REINSTALADA DESPUÉS DE LA CONSTRUCCIÓN DEL TERCER NIVEL EN EL PALACIO NACIONAL.

CORTESÍA: ARCHIVO MANUEL RAMOS

EN SEGUIDA VENÍA EL CARRO ALEGÓRICO ADORNADO CON MUCHO GUSTO (LUCIENDO) UN RESPLANDOR DE BANDERAS TRICOLORS ANTE EL QUE DESCANSABA EL HISTÓRICO BRONCE PINTADO DE VERDE POR UNA PARTE Y DESPINTADO POR LA OTRA.

una parte y despintado por la otra. El famoso esquilon tiene esta inscripcion: —San Joseph.— A 22 de Jvlio de 1708.— Precediendo á la Campana, en el mismo carro, se veía entre trofeos militares, un pequeño cañon, el primero que usaron los insurgentes en la memorable y grandiosa guerra de once años merced á la cual conseguimos nuestra independendia. Al ver ese pequeño cañon, el espíritu se ensancha de admiracion considerando cómo los hombres legendarios de 1810, con armas tan mezquinas pudieron lanzarse á la lucha contra una nacion poderosa, inspirados tan sólo por la idea de darnos vida propia.

El carro iba tirado por tres magníficos troncos de caballos bien enjaezados y montados á la Daumont, y escoltado por cuatro rurales.

A su paso, la histórica campana era saludada con aplausos y vivas, y de muchos balcones le arrojaban *confetti* y serpentinas.

Al carro alegórico seguía la comision encargada de traer de Dolores el bronce histórico (...).

En seguida desfiló la gran columna militar (...).

La comitiva despues de desfilarse por (San Francisco y Plateros), tomó por el frente del Portal de Mercaderes entre mástiles con flámulas tricolores, y frente del Portal de la Diputacion, hasta llegar frente al Palacio Nacional, ante cuya puerta principal adornada de arriba á abajo con festones, se levantaba una tribuna para el Presidente de la República é invitados.

(...)

Al llegar el bronce á ese lugar, el General Rocha, presidente de la Comision hizo uso de la palabra para hacer la entrega de la Campana al General Díaz.

(Tras elogiarlo por su papel en la intervencion francesa, le dijo:) el destino os puso á la cabeza de la Nacion y desde entónces no habéis omitido esfuerzos ni sacrificios hasta consolidar una Paz, que ha contribuído al engrandecimiento y desarrollo de la República, y no contento con esto, se os ocurre traer la más preciosa reliquia, la campana con que el Cura Hidalgo convocó al pueblo, al iniciar nuestra Independendia.

(...)

En nombre de la Nacion Mexicana, pidió el Sr. Rocha que recibiera el juramento, que en tan solemnes momentos hacía, de morir todos los mexicanos por su Patria ántes que consentir en una invasion extrajera (aplausos).

(La campana) será, llegada la vez, el toque de rebato que lance á los mexicanos á morir defendiendo la integridad del territorio nacional.

El Presidente de la República contestó: que el Gobierno acepta el cargo de cuidar la preciada reliquia de la Campana de la Independendia, y que será para él muy grato velar por ella, lo que le corresponde por derecho.

La toma como la más inapreciable reliquia, pues ella vendrá á ser como el *fonógrafo* que guarde la voz misma del Cura Hidalgo, convocando al pueblo mexicano á luchar por su libertad.

Año por año la campana será tocada para recordar la estimada voz, y que el pueblo defenderá sus derechos de autonomia por ser digno de ella, recordando los inolvidables beneficios que le legaron su libertad y para proseguir su obra de regeneracion, de la que fue glorioso prefacio la independendia Nacional.

Despues, las bandas de Ingenieros, Artillería y Caballería, unidas, tocaron la marcha —La Campana de la Independendia,— compuesta por el Sr. Ernesto Elorduy para ese acto. Además, de la glorieta central del Zócalo se soltaron muchas palomas que llevaban atados listones de color verde unas, blanco otras, colorado algunas, con esta inscripcion: —Obsequio de la 4ª Demarcacion.— 14 de Septiembre de 1896.—

Por medio de un calabrote, y de una polea, se procedió á elevar la campana para que quedara colocada frente al reloj, y miéntras tanto las bandas batieron marcha, se hizo una salva de artillería de 21 disparos, y las campanas de los templos fueron echadas a vuelo.

En estos momentos eran las 12 y cuatro de la mañana.

La multitud que se arremolinaba en la Plaza de la Constitucion era compacta é inmensa.

(...)

La fiesta de la Campana de la Independendia despertó á la ciudad de su letargo.

La vista de aquel bronce sagrado trajo á la memoria envuelto en efluvios de ternura, el recuerdo de los primeros caudillos insurgentes, de sus sacrificios, de su abnegacion, de su heroismo y de su acendrado amor á la patria. (...)

Esta fiesta es la primera con que se inician en este año los festejos organizados para conmemorar la Independendia de México. ✨



ECOS E IMPRESIONES DEL BAILE DEL PRESIDENTE

DIARIO DEL HOGAR

Para 1910, los ánimos políticos estaban exaltados. Porfirio Díaz cumplía 30 años en la presidencia y los progresos del movimiento opositor ya se hacían oír en varios puntos del país.

Pero los festejos del Centenario de la Independencia se sucedieron todo el año con bailes, cenas, recepciones, desfiles e inauguraciones de grandes obras arquitectónicas, tratando de ocultar la crisis.

El *Diario del Hogar*, fundado por Filomeno Mata en 1881, fue el único periódico de oposición que soportó las tres décadas

porfiristas. Contra viento y marea, su director —quien estuvo dos veces en la cárcel— mantuvo una línea editorial de crítica constante al gobierno de Díaz.

Con sorna y mucha atención al detalle chusco, esta crónica —de la que solo pudimos encontrar un fragmento— describe el lujoso baile del 23 de septiembre de 1910, que otras publicaciones alabaron.

El *Diario del Hogar* volvió a poner en evidencia al régimen.



P

ara el buffet se asignó una cantidad

que bastara para proveer de víveres a un estado de sitio; la falta de mayor personal competente que dispusiera la distribución de las viandas y el servicio de la mesa, no sólo dejó qué desear, sino que dejó en ayunas a terceras partes de los convidados, pues mientras que los primeros que ganaron el comedor sacaron las tripas del mal año, comiendo y bebiendo [...] los que siguieron tuvieron que hacer uso de los dedos en vez de cubiertos, improvisar platos a rebanadas de pan, beber aguas gaseosas en vez de vinos y, sobre todo, tolerar sobre las mesas la vista de los platos y cubiertos sucios dejados por los comensales afortunados, y todo no por escasez ni economía, sino por incompetencia del servicio y administración. Los encargados del comedor, al admitir a las dos terceras partes de los comensales fueron para decirles que nada quedaba ni de comer ni de beber y martirizarlos con el cuadro de los manteles manchados, los fragmentos de aves destrozadas, las tajadas de carnes frías probadas y manoseadas, bizcochos y pasteles desmigajados y las viandas echadas a perder. Unos americanos lamentaban el incidente, diciendo que si por los menos el restaurante hubiera sido de paga, nadie se ha-



bría pasado sin comer durante tantas horas de encierro. Otras personas rogaban a los criados se les vendiesen alimentos, otras soportando el asco escogían de las rebanadas de pan seco y las carnes no picoteadas y se hacían tortas compuestas. Ni una copa ni un vaso limpio. Naturalmente si los de estómago agradecido sólo tenían elogios para el baile, los que lo tenían vacío no dejaban de hacer comentarios a veces justos, decían unos que debieron servirse platos discretos para cada persona, pues cuando se recibe un obsequio no se tiene derecho a escoger ni las viandas, como si se comprasen en la fonda, e igualmente debería haberse hecho lo mismo con los caldos, repartiéndose con tino las copas rebosantes; no faltó quien indicara que el mal reconocía, como causa que se hubieran deslizado no se sabe por qué artes, algunos centenares de gentes sin educación, gorriones vulgares que se aprovecharon de cualquier ocasión para meterse donde hay mucho y bueno qué comer, y no sólo se hartan de ello, sino que se esconden la vitualla en los bolsillos. En los tocadores de las señoras habían desaparecido los frascos de perfume y el polvo de arroz con todo y polveras. ✨

Tomado de: "Ecos e impresiones del baile del presidente", *Diario del Hogar*, 28 de septiembre de 1910.